

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes.	4 reales.
Por tres id.	11 »
Por seis id.	21 »
Por un año.	40 »

Sale los miércoles y sábados: venta pública los jueves y domingos.

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripción cuyo importe no se reciba con el aviso, en libranza ó sellos. La correspondencia, al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

GIL BLAS

(SEGUNDA ÉPOCA)

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Administración.	15 reales
Por seis id.	28 »
Un año id.	50 »
ESTRANJERO, tres meses.	30 »
ULTRAMAR, un año.	6 pesos

Se suscribe en la Habana:—*Propaganda literaria*, calle de la Habana, núm. 100.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

Toda suscripción hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

LO QUE CORRE POR AHÍ.

Sin explicarme el por qué, este año hubiera yo visto con gusto reproducida una antigua costumbre.

¡Qué de graciosas peripecias presenciáramos en Madrid con tan extraño motivo!

Los romanos, durante el Carnaval, daban licencia á sus criados para olvidar ese día su estado y poder decir al amo cuatro claridades.

Supongamos por un momento que en Madrid se introduce esta costumbre.

El lacayo del duque de las Camándulas se levanta tarde, se echa el aguardiente, se pone templado, y en seguida se va en busca de su amo que acaba de vestirse:

—¿A dónde vas mequetrefe? le pregunta.

—A dar un paseo, contesta el duque.

—¿Paseo? Hoy no se pasea, porque no me da á mí la gana. Siéntate en esa silla y escucha. Te crees feliz, y eres el hombre más desgraciado del mundo. Convéncete, hombre, convéncete. Si estuvieras en mi lugar, nadie te miraría á la cara. Bonita facha estarías con mi leviton hasta los piés y este sombrero de galon dorado. Lo que es yo no te daría el sueldo que gano; bien puedes tenerlo por seguro.

—Pero...

—¡Silencio, amigo! ¿A que no eres hombre de fumar esta tagarnina del estanco?

—¡Has acabado, imbécil!

—A mí no me llares imbécil porque te rompo una costilla.

Este diálogo, sazonado con el dulce acento asturiano, no dejaría del todo satisfecho al buen duque de las Camándulas.

A la misma hora la doncella de la marquesa de los Tres Faroles, diría á su ama:

—Marquesita, quiero darte un consejo: el vestido escotado te sienta muy mal, porque das á tus amigos el gran disgusto de obligarles á mirar un armazon de huesos. ¡Tapa, tapa! Y tú crearás que vas tan bonita enseñando esos estrupicios. ¡Válgame Dios, y cuánto puede la tontería! Tu mismo esposo es de mi parecer, y cuando me encuentra sola, me lo repite á boca llena.

Aquí la marquesa dará un salto en su silla.

—No te amosques, hija mía, continuará la doncella, todo lo que digo es la pura verdad, y si no, ajusta la cuenta. Llevas dos dientes postizos, el cabello añadido, y el color te lo pones todas las mañanas. ¿Qué te queda tuyo? El armazon, esto es, una especie de percha donde yo cuelgo todos los días los trajes y adornos que traen las modistas. Y, sin embargo, te pones tan hueca cuando algun periódico dice: «Anoche hizo los honores de la casa la encantadora marquesa de los Tres Faroles.» ¡Encantadora! Quien la conozca, que la compre, digo yo. ¡Ah! Si te vendieras tú solita, no habría ni un desgraciado que diera por tí tres cominos. En fin, hija, estás hecha un petate, siento decírtelo, pero es la verdad.

Al honrado comerciante le diría el dependiente:

—Benito, no te hagas ilusiones; el peso de la casa lo llevo yo, y tú sirves solo de estorbo. Eres un babieca, y te has hecho rico porque la fortuna tiene predilección por los tontos.

Al autor dramático:

—No te des tono, Periquito, no te des tono, que si has salido á la escena me lo debes á mí y á los cuatro amigos que me acompañaron. Estábamos en la galería, y cada bestialidad que decía de tí la gente era para que se te cayera la cara de vergüenza. Pero nosotros aprovechamos un buen momento de la dama, y empezamos á gritar: «¡el autor, el autor!» y entonces te sacaron los cómicos. Un viejo que estaba á mi lado dijo: «al Saladero!» Yo le di un pisoton, y no volvió á repetir la gracia. Con que no te des tono, Periquito, no te des tono.

Convengamos en que estas bromas, despues de todo, podrían ser de más utilidad que las vulgaridades que se dicen en un baile de máscaras.

¡Un día consagrado alegremente á la verdad! Indudablemente sería un triunfo, un progreso, una prenda de perfeccionamiento.

Porque, partiendo de este día, quizá no fuese difícil idear un buen plan para *el mejoramiento de la cria racional*.

Luis Rivera.

DISFRACES.

El pollo galanteador que suma en su larga lista cada noche una conquista, cada semana un amor: Y que para darse tono al Prado vestido va, ¿de qué se disfrazará?
—¡De mono!

El académico grave que tal título ha logrado, más por lo mucho que ha hablado que por lo poco que sabe: Y entre discreto y cazurro la razón á todos da, ¿de qué se disfrazará?
—¡De burro!

El noble que su blason va ensalzando á troche y moche, teniendo al llegar la noche que acostarse en un jergon: Y de su soberbia esclavo es para el pobre un bajá... ¿de qué se disfrazará?
—¡De pavo!

El marido complaciente que á su costilla permite que le regañe y le grite á presencia de la gente:

Y cuanto es mayor su yerro más la idolatra quizá... ¿de qué se disfrazará?
—¡De perro!

El abogado simplon que, pese á los desengaños, lleva ya treinta y tres años de charlar sin ton ni son: Y del que la gente en coro dice que tronado está... ¿de qué se disfrazará?
—¡De loro!

El propietario incivil azote del inquilino que se quedó sin destino cuando era el otro albañil: Y que á la fortuna ingrato piensa que fiel le será... ¿de qué se disfrazará?
—¡De gato!

Y yo, desgraciado autor de este satírico aborto, en que, si me quedo corto no es de fijo, por rubor: Si hoy formo en la mascarada como sin duda lo haré... ¿de qué me disfrazaré?
—¡De nada!

M. del Palacio.

PLACERES DEL CARNAVAL.

PRÓLOGO.

No conozco cosa tan triste como los días en que todo el mundo se divierte por costumbre tradicional.

Si quereis convenceros de ello, salid conmigo á dar una vuelta por Madrid, hoy día primero de máscaras.

CAPÍTULO PRIMERO.

Por allí vienen disputando con mucho calor una cantinera y un moro. Escuchemos.

El moro.—Si te he dicho que no me has de gastar patique con sordaos.

La cantinera.—Pus hijo, una s'ha de divertir; y ya que sale una, si s'allegan á una y la saludan á una, y la hablan á una, ¿qué ha de hacer una?

El moro (haciendo la señal de la cruz).—Yo te juro por esta—miralá—que al gandul del artillero, con toa su fachenda...

La cantinera.—¿Qué le vas á hacer?

El moro.—¡Na!—¡Pero me paece á mí que va á correr más sangre!...

La cantinera (sorbiendo con majestad).—No t'acálores, Mambrú: lo que tú mates me comprometo yo á comérmelo en ensalá.

El moro.—Pos toma pa hacer boca.

(Cachetina monumental; duo de sopapos; tropel de curiosos; intervencion de la fuerza urbana: *tableau*).

CAPÍTULO II.

Un *pierrrot* y un *arlequin*: calzado de Reinaldo; guantes de Clement; porte elegante traducido del francés.

El pierrrot (afectando buen humor).—Pues nada, chi-





El orgullo de las estudiantinas
— ¡Mucha borla!



Traje con que se disfrazan
los pollos para parecer bo-
nitos á las muchachas.



— Otelo entrega la bota á su parienta, para que remoje la
palabra antes de cantar unas seguidillas.

— Me he puesto mi mejor traje,
para hacerte el amor, pollo
mio.

— Grupo de gente con *il faut*
— ¿No les parece á VV. un mano-
jo de Zanahorias?



— Dejame, masca-
ra... ¡estoy muy triste. El
Champagne meda por
llorar!

¡Oído! ¡La que quiera café con media tostada, que aice el dedo!
varias voces:— ¡Presente!

— ¡Te conozco, te conozco, te conozco!
— Bonita broma para dejarle á uno sordo.



Ortego

Disfraces de las señoras que concurren á los bailes de Capellanes.

co, cuento contigo. En cuanto me mande sus padrinos te los remito por el correo interior.

El arlequin.—Bien, pero dime siquiera lo que ha pasado, para que podamos entendernos.

El pierrot.—Es inútil; pero allá va. Mira; yo me acerqué al coche en que iba Luisa con su marido y con mi sucesor el vizconde, y empecé diciéndola que era una coqueta.

El arlequin.—Vamos, eso no será un chiste, pero si una desvergüenza. ¡Y delante de su marido!

El pierrot.—Su marido se hizo el sordo. Además ¡lo tiene tan sabido!—Entonces el vizconde mandó al cochero parar, se bajó del carruaje, me cogió del brazo, y en dos palabras nos entendimos. Me dió una tarjeta; yo le di otra,—¡y en paz!

El arlequin.—Es decir, en guerra; porque si no me engaña el olfato eso me huele á pólvora. Y entre paréntesis, ya sabes que el vizconde maneja la pistola como Romea y la espada como Goux. Por consiguiente, puedes ir preparado á todo.

El pierrot.—Sí, pienso pasarme la noche tirando con Nicolás el Zuavo. ¡Bonita noche de Carnaval!

CAPÍTULO III.

Dos beatas.—Señas personales: botinas de medio uso, guantes de medio color, caretas de medio duro; total: guante de medio pelo.

La una.—Tú harás lo que quieras, Escolástica; pero si *Lopordo* te conoce vais á tener funcion, y gorda.

La otra.—De esas junciones las tenemos todos los días.

CAPÍTULO IV.

Dos *ensabanados* con escobas.

El primero.—Dígute que non vuelvu á desfrazarme.

El segundo.—Mas ¿por qué?

—Acerqueme á Ramiru para darle broma.

—¿E luego?

—Dile con la escoba en el cugote.

—¿E bien?

—Suspecho que picóse.

—¿Suspéchalo? Mas ¿pur qué?

—Arrimóme tal lamprezu con los curdeles, que fizume dar en tierra.

—Téngutelo dicho: non se debe gastar broma con gente sin educacion.

CAPÍTULO V.

Una estudiantina.—¡Horror! ¡Huyamos, ó me desmayo!

CAPÍTULO VI.

Allí viene un pavo haciendo la rueda. Es mi vecino D. Tadeo, empleado en Loterías con veinte años de servicio y veinte duros de sueldo. Siempre se viste lo mismo, y siempre con exclusivo fin de *embromar* á su jefe. —¡Eh! ¡D. Tadeo! ¡D. Tadeo!

El pavo.—¡Hola, vecino! ¿Cómo diablos me ha conocido Vd. sin hablarle siquiera?

—Como le ví á Vd. salir disfrazado tres horas há...

Federico Balart.

MURMULLOS.

El Carnaval es la humanidad bajo la forma de un epigrama.

Vamos á verlo en todas las clases de la sociedad.

En un gabinete.

—¡Ay! Marquesa: dichosa Vd. que alcanzó los buenos tiempos.

—Ya se ve que sí.

—Cuando Vd. era jóven se iba al baile de máscaras: hoy es de muy mal tono.

—Al contrario, duquesa, hoy todos los bailes son de disfraces.

—¿Lo dice Vd. porque las mujeres se pintan solas?

—Diga Vd. lo que quiera, señor baron, yo me divierto mucho en los bailes de máscaras.

—Pero ¿Vd. va, señora?

—No pierdo uno de los del Real.

—¿Y alterna Vd. con aquellas mujeres?

—Yo voy á palco.

—Eso ya es otra cosa.

—Créalo Vd., en los palcos es donde más se divierte una.

En una carretela que ofrece muelles asientos á una jóven aristocrática y á su esposo, que peina canas.

Un máscara invade la portezuela.

El máscara.—¿Me conoces?

La señora.—No.

—Pues te amo.

—¡Insolente! ¡Delante de mi marido!

—¡Toma! Pues eso es lo que tiene gracia... Si no fuera así, maldita la falta que hacia el Carnaval.

—Corramos al Prado á ver las máscaras.

—¿Cómo nos vamos á divertir!

—Yo, lo confieso, cuando llega el Carnaval, gozo como si fuera un niño.

—¡Pues y yo!

—¡Muchacho! ¿Cuánto quieres por esas sillas?

—Ocho reales por cada una.

—¡Eso es un robo!

—Pues esté usted de pié... ¡miste el silbante!

—¿Quieres cuatro?

—Tómelas usted.

—¡Ea! Ya tenemos sillas; ¡qué gusto!

—Mire Vd. aquel vestido á la española antigua... y se acerca á nosotros.

Los dos se rien de gusto.

—¡Hola, D. Telesforo!

—¡Calle! Y me conoce.

—¿Te acuerdas de aquellos tiempos en que desempeñabas las funciones de ropero?

—¡Yo!

—Sí, hombre... Pues poco bonito que estabas con tu chaqueton vendiendo paño burdo á los arrieros.

El caballero (más colorado que la grana).—¡Estás en un error!

Su amigo (aparte).—¡Qué placer! Le está sacando los trapillos.

El máscara (al amigo).—¿Y tú, Tadeo?

—¡Tambien me conoce!

—¿Hace mucho tiempo que no ves al primito de tu esposa?

—Le veo todos los días.

—Dirás todas las noches.

El amigo de D. Tadeo.—¡Chúpate esa!

Los que están al lado de mis dos hombres, dicen cuando se marcha el máscara:

—¡Buenas verdades les ha dicho!

Los dos amigos (cada uno para sí).—Debia suprimirse el Carnaval.

Blas Perez.

CABOS SUELTOS.

A la redaccion de GIL BLAS se ha hecho esta pregunta: ¿Qué es el Carnaval?

Varias respuestas y observaciones:

Carnaval... es una mujer que despues de comprarse un sombrero, ve el último figurin y le dice al marido:—Mira, Juan, ya ha cambiado la moda... necesito otro.

Carnaval es el nacimiento del sétimo vástago cuando viven los seis.

Una copa de ajenjos con poca agua.

El Carnaval dura tres días,—ó tres años como los franceses en Méjico.

Una copa de ron en una taza de café, que ni es café, ni ron y te quita el sueño.

Si quieres tener una idea del Carnaval, acuérdate de la primera mujer que te ha dicho: ¡te amaré siempre!

Una peluca seria una careta si engañase á alguno.

Un traductor llamado á la escena es un tonto disfrazado de autor.

Un concurso de acreedores es una polka infernal, en que todas las parejas se caen para que pase por cima el deudor.

La visita del médico seria una broma si no costase dinero.

La mejor *farsa* que conozco es la comedia de Scribe.

En un baile de máscaras:

Una señora.—Son tres los que me invitan á cenar. ¿A cuál debo elegir?

—Al que pague el *Champagne frapé*.

—¿Sabe Vd. que Luisito es redactor de un periódico?

—¡Hombre! ¿Y firma los artículos?

—No señor.

—Eso ménos pierde.

Acabo de leer este pensamiento:

«Entre dos naciones que se hacen la guerra, hay siempre una tercera que es la que tiene razon.»

Sigue dando buenas entradas al teatro de Novedades la magia del Sr. Liern titulada *La Espada de Satán*. Las decoraciones, sobre todo, son muy aplaudidas. El libro tiene escenas muy agradables é ingeniosas, pero se resiente de haber sido escrito á propósito para las decoraciones, y hasta con la duracion de las escenas marcada de antemano.

Es como si yo me empeñara en buscar un hombre que le viniera bien á un chaleco.

—Hola, D. Lino, ¿qué hace Vd.?

—Leo la *Gaceta*.

—¿Y qué trae?

—Nada de particular.

Ha suspendido su publicacion *El Espíritu Público*. Como es espíritu, bien puede conservarse en una redoma. Con eso luego aparecerá más redomado.

En el baile te encontré
y en quién eras no caí;
me embromastes, y dudé;
al ambigü te llevé...
y entonces te conocí.
(Y bien caro lo pagué.)

Segun dice un periódico, en Rusia ofrecen á la Patti 500,000 francos por oír sus trinos durante tres meses.

No he ganado yo la milésima parte, y llevo más de veinte años de trinar.

Ayer se me metieron por debajo de la puerta *Las Aves nocturnas*.

Sin duda han olido que no tengo perro.

—¿De qué te vas á vestir este año? preguntó anoche un estudiante á otro.

—¿Yo? de lo mismo que el anterior; de fiado.

El conocido editor, Sr. Guijarro, ha adquirido la propiedad de una obra de D. Abdon de Paz, titulada *La Biblia de las mujeres*.

Conviene advertir á estas, para que la compren, que el libro de los jueces no existe en la Biblia del Sr. Paz.

Dos máscaras en el Prado.

—Fulanito, ¿me conoces?

—Sí, hijo mio, ¿no te he de conocer?

—Pues, ¿quién soy?

—El que me visitaba todos los días, cuando no me habia dejado la barba.

Solucion á las Charadas del número anterior: Primera.—*Liviano*.—Segunda.—*Novia*.

ANUNCIO.

BAZAR DE CALZADO, CALLE DE LA MONTERA, NUM. 2. Continúan llegando grandes remesas de calzado de las siguientes clases:

Para caballeros.—De invierno.—Becerro de una suela, á 48, 50 y 57 rs.; de dos suelas, á 52 y 64. Piel de vaca y charol de dos suelas muy superior, impermeable á la humedad, construccion superior, cómoda y elegante, á 46, 50, 60, 66 y 74; y á 80 las recibidas de Alemania. Para vestir, de charol y saten, charol y chagrin, becerrillo fino y cabritilla inglesa, á 46, 50, 57, 60 y 65 las más finas y elegantes. Id. más superiores, género y construccion alemana, con hebillas, trenzas y ojetes, á 65 y 70.

Para señoras.—De invierno.—De chagrin, punteras, rebatidas, á 30, 36, 42 y 44 rs. Charol, rebatidas, á 44. Charol y rusel francés, finas, de vestir, á 40 y 44. Estas pueden adornarse con lazos, borlas, etc. Charol escarpin á 34 rs. Rusel, bigoterías y punteras, á 28, 30, 32, 34 y 40 las más finas.

Para niñas y niños.—Imperiales, desde 45 á 54 rs. Zapatillas de señora y caballero.—Desde 14 á 34 rs., segun la clase.

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 1867.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.